*Apología* — Robert Barclay — 116-118
La doctrina sobre la gracia universal de Dios
extracto de la Proposición V y VI § xi

Primero,[1] con la más excelente claridad esta doctrina expone la misericordia de Dios, señalando que nadie es inevitablemente excluido de la salvación; la doctrina demuestra su justicia porque Dios no condena a nadie sin realmente ofrecerle la salvación y los medios suficientes para lograrla.

Segundo, si se sopesa bien esta doctrina, se verá que es el fundamento de todo el cristianismo, la salvación, y la seguridad.

Tercero, refleja y responde a todo el tono de las promesas y amenazas del evangelio, y también responde a la naturaleza del ministerio de Cristo, en el que se manda a predicar el evangelio, la salvación, y el arrepentimiento a toda criatura sin considerar naciones, familias, ni lenguas.

Cuarto, esta doctrina engrandece y elogia los méritos y la muerte de Cristo, porque no sólo los considera suficiente para salvar a todos, sino también declara que estos méritos están tan cercanos a toda criatura para que la capacidad de salvarse quede muy al alcance de la criatura.

Quinto, exalta la gracia de Dios por encima de todo y le atribuye todo lo bueno, hasta las acciones más pequeñas; le atribuye a la gracia no sólo los comienzos y las primeras mociones del bien, sino también toda la conversión y salvación del alma.

Sexto, contradice, derrumba y debilita la falsa doctrina de los pelagianos, los semi-pelagianos, los socinianos y otros que exaltan la luz de la naturaleza y la libertad del albedrío humano, porque totalmente excluye al hombre natural de participar en su propia salvación en cualquier medida, por medio de obra, acción o moción propia, hasta que primero sea vivificado, resucitado, y movido por el Espíritu de Dios.

Séptimo, esta doctrina dice que toda la salvación del hombre depende sólo y únicamente de Dios; mientras dice que su condena depende sólo y en todo respecto de sí mismo, porque se negó y se opuso en alguna medida a lo de Dios que luchaba y se esforzaba en su corazón. Obliga al hombre a reconocer la justicia del juicio divino que lo rechaza y lo abandona.

Octavo, esta doctrina elimina toda causa de desesperación, porque ofrece a cada cual una base de esperanza y seguridad de que puede ser salvo. Pero no ceba a nadie en la certidumbre, porque nadie puede saber cuán pronto expirará su día; por lo tanto incita, mueve y alienta a cada hombre a abandonar el mal y a aferrarse a lo que es bueno.

Noveno, esta doctrina también recomienda la certeza de la religión cristiana entre los paganos, porque manifiesta su veracidad a todos y es confirmada y establecida por la experiencia universal; no hay ningún hombre en ningún lugar de la tierra, por

[1] Aquí empieza otra serie numerada de razones que indican lo bueno de la doctrina anterior, que a su vez fue desarrrollada en tres puntos.

bárbaro y salvaje que sea, que no ha reconocido que en algún momento, en alguna medida, ha descubierto algo en su corazón que lo reprende por los males que ha hecho y lo amenaza con un horror cierto si los continua, y que también promete y comunica cierta paz y dulzura si él se rinde a esto y no se opone.

Décimo, esta doctrina demuestra de forma maravillosa la sabiduría excelente de Dios, por la que ha hecho los medios de salvación tan universal, tan abarcante, que no es necesario recurrir a medios extraños y milagrosos; porque según esta doctrina tan verdadera el evangelio les llega a todos, de cualquier condición, época, o nación.

Undécimo, por sus actos aunque no en tantas palabras, la doctrina es verdadera y eficazmente establecida y confirmada por todos los predicadores, evangelistas, y doctores de la religión cristiana que han existido, incluso por aquellos cuya opinión se opone a esta doctrina. Dondequiera que han estado o están, cualesquiera que sean el pueblo, lugar, o país donde entran, todos predican al pueblo y a cada individuo para que sean salvos. Les dicen, les ruegan que crean en Cristo que murió por ellos. De esta forma reconocen en cada caso lo que niegan en general. No hay nadie a quien no predican la salvación; le dicen que Cristo Jesús lo llama, y quiere que crea y sea salvo. Le dicen que si se niega a creer será condenado, y que esta condena es por su propia culpa. La evidencia y poder de la Verdad obliga aun a sus adversarios a abogar por su validez contra su propia voluntad.

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition V & VI § xi, (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 116-118; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 79-81.